

tes Saint-Just y Lebás, no estuvo tan bien dirigida como las dos divisiones á las órdenes de Souham y Moreau; Kléber y Marceau, trasladados desde la Vendée, hubieran podido conducirla á la victoria; pero no fueron escuchados sus consejos. El movimiento prescrito por el ala derecha consistía en pasar el Sambre para dirigirse á Mons. El primer paso se intentó el 20 floreal (9 mayo); pero no habiéndose tomado las disposiciones necesarias en la otra orilla, no pudo mantenerse allí el ejército, y vióse precisado á reparar desordenadamente el Sambre. El 22 quiso intentar Saint-Just otra vez el paso, á pesar del mal éxito del primero: hubiera sido mejor esperar la llegada de Jourdan, que con sus cuarenta y cinco mil hombres debía hacer infalible el triunfo del ala derecha; pero Saint-Just no quería vacilación ni tardanzas, y fué preciso obedecer á este procónsul terrible. El nuevo paso no fué más feliz; el ejército franqueó por segunda vez el Sambre; pero atacado en la otra orilla, antes de haberse establecido sólidamente, se hubiera perdido sin la heroica bravura de Marceau y la firmeza de Kléber.

De este modo, hacia ya un mes que se peleaba desde Maubeuge hasta el mar con increíble encarnizamiento y sin resultados decisivos. Felices en la izquierda, éramos desgraciados en la derecha; pero nuestras tropas se formaban, y el hábil y atrevido movimiento prescrito á Jourdan preparaba resultados inmensos.

El plan de Mack era ya impracticable; el general prusiano Moellendorff rehusaba ir al Sambre, diciendo que no tenía orden de su corte; los diplomáticos ingleses habían ido á pedir explicaciones al gabinete prusiano sobre el tratado de la Haya, y entretanto, amenazado Coburgo en una de sus alas, habíase visto precisado á disolver su centro, lo mismo que Pichegrú. Había reforzado á Kaunitz en el Sambre, conduciendo el grueso de su ejército hacia Flandes, á los alrededores de Tournay, y preparábase una acción decisiva en la izquierda, pues se acercaba el momento en que numerosas fuerzas iban á encontrarse y á combatir.

Concibióse entonces en el Estado Mayor austriaco un plan que fué llamado *destructor*, y que tenía por objeto cortar el ejército francés de Lila, arrollarle y exterminarle. Semejante operación era difícil, porque los coligados podían disponer de cien mil hombres contra setenta mil; pero adoptaron singulares disposiciones para conseguir el objeto. Los franceses estaban siempre distribuidos como sigue: Souham y Moreau en Menin y Courtray con cincuenta mil hombres, y Bonnaud en las cercanías de Lila con veinte mil. Los coligados se hallaban distribuidos en los dos flancos de esta línea avanzada; la división de Clerfayt á la izquierda, en la Flandes occidental, y el grueso de los coligados á la derecha del lado de Tournay. Los coligados resolvieron hacer un esfuerzo concéntrico sobre Turcoing, que separa á Menin y Courtray de Lila. Clerfayt debía marchar desde la Flandes occidental, pasando por Werwick y Lincelles; los generales de Busch, Otto y el duque de York recibieron orden de marchar por el lado opuesto, es decir, por Tournay; de Busch debía dirigirse á Mouscrón, Otto al mismo Turcoing, y el duque de York, avanzando hasta Roubaix y Mouveaux, daría la mano á Clerfayt; por esta última unión Souham y Moreau quedaban separados de Lila: el general Kinsky y el

archiduque Carlos estaban encargados, con sus dos poderosas columnas, de obligar á Bonnaud á replegarse hacia Lila. Para que estas disposiciones dieran buen resultado, exigíase un conjunto de movimientos imposible de obtener, pues la mayor parte de estos cuerpos partían de puntos muy lejanos, y Clerfayt debía pasar entre el ejército francés.

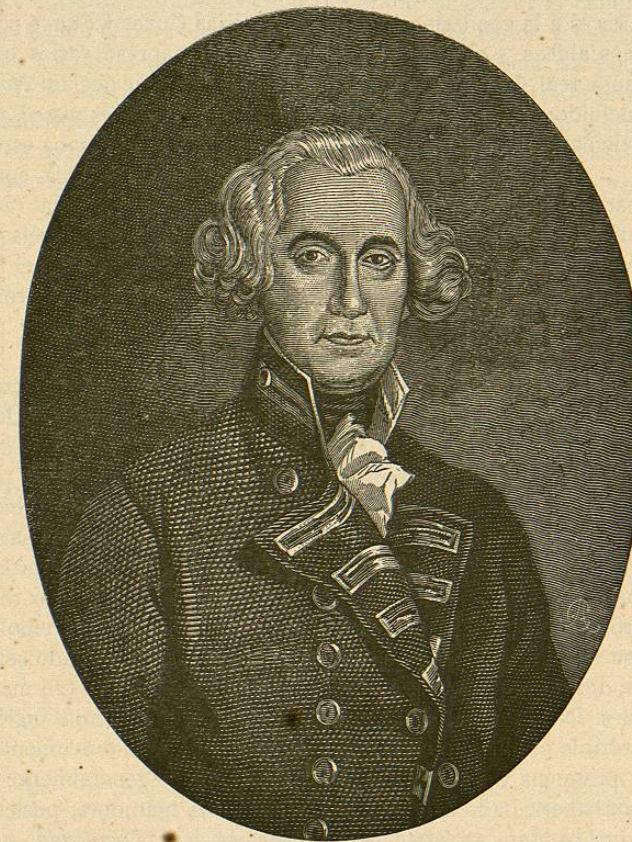
Estos movimientos debían practicarse el 28 floreal (14 mayo). Pichegrú se había dirigido en aquel momento hacia el ala derecha del Sambre, á fin de reparar los descalabros que ésta acababa de sufrir: Souham y Moreau mandaban el ejército en ausencia de Pichegrú. La marcha de Clerfayt sobre Werwick fué el primer indicio de los planes de los coligados; dirigiéronse al punto hacia esta parte; pero al saber que el grueso del enemigo llegaba por el lado opuesto y amenazaba sus comunicaciones, tomaron una resolución pronta y hábil, y fué dirigir sus fuerzas sobre Turcoing, á fin de apoderarse de esta posición decisiva entre Menin y Lila. Moreau se quedó con la división Vandamme delante de Clerfayt, para entorpecer su marcha, y Souham marchó contra Turcoing con cuarenta y cinco mil hombres. No estando interrumpidas aún las comunicaciones con Lila, se pudo ordenar á Bonnaud que se dirigiera por el lado de Turcoing, y que se hiciera un esfuerzo poderoso para conservar la comunicación de este punto con Lila. Las disposiciones de los generales franceses obtuvieron completo éxito: Clerfayt no pudo avanzar sino lentamente, y detenido en Werwick, no llegó á Lincelles el día prefijado. El general Busch se apoderó primeramente de Mouscrón; pero sufrió luego un ligero revés, y habiendo distraído Otto sus fuerzas para socorrerle, no se quedó con suficientes en Turcoing; por último, el duque de York había avanzado hasta Roubaix y Mouveaux, sin ver llegar á Clerfayt y sin poder unirse con él, mientras que Kinsky y el archiduque Carlos no llegaban á la vista de Lila hasta la última hora del día 28 (17 mayo). Al día siguiente, 29 (18 mayo), Souham marchó aceleradamente sobre Turcoing, arrolló cuanto encontraba al paso y apoderóse de esta importante posición. Bonnaud, por su parte, marchando desde Lila contra el duque de York, que debía interponerse entre esta plaza y Turcoing, le halló con sus fuerzas divididas en una extensa línea. Los ingleses, aunque sorprendidos, quisieron resistir; pero nuestros jóvenes quintos, avanzando con ardimiento, les obligaron á ceder y á huir, arrojando sus armas. La derrota fué tal, que el duque de York, huyendo á escape, sólo debió su salvación á la ligereza de su caballo. Desde aquel momento se generalizó la confusión entre los coligados, y el emperador de Austria pudo ver á su ejército en fuga desde las alturas de Templeuve. Entretanto, el archiduque Carlos, mal advertido y peor situado, permanecía ocioso junto á Lila, y Clerfayt, detenido cerca del Lys, veíase obligado á retirarse. Tal fué el éxito de aquel *plan destructor*, que nos valió varios miles de prisioneros, mucho material de campaña y el prestigio de una gran victoria alcanzada con setenta mil hombres contra cien mil.

Pichegrú llegó cuando la batalla estaba ganada. Todos los cuerpos coligados se replegaron sobre Tournay, y Clerfayt, volviendo á Flandes, recobró su posición de Thielt. Pichegrú aprovechó mal esta importante victo-

ria, pues los coligados se agruparon cerca de Tournay, teniendo su derecha apoyada en el Escalda. El general francés quiso apoderarse de algunos forrajes que remontaban por aquel río, é hizo combatir á todo el ejército por tan pueril objeto. Acercándose al Escalda, estrechó á los coligados en su posición semicircular de Tournay, y muy pronto se hallaron todos sus cuerpos aglomerados en aquel semicírculo. El combate más reñido fué el que se dió en Pont-à-Chin, á lo largo del Escalda: durante doce horas hubo una carnicería espantosa y sin ningún resultado posible, pereciendo por ambas partes

triumfado de ella en varios encuentros, alcanzando una gran victoria, y avanzábamos en dos alas por Flandes y el Sambre. La pérdida de Landrecies no era nada, comparativamente con estas ventajas y las que nos aseguraba nuestra actual situación.

La guerra de la Vendée no había terminado por completo después de la derrota de Savenay; habíanse salvado tres jefes, Larochejacquelein, Stofflet y Marigny; y además de ellos Charette, que en vez de pasar el Loira, tomó la isla de Noirmoutiers, permaneciendo en la baja Vendée; pero esta guerra se limitaba ya á simples esca-



El almirante Howe

de siete á ocho mil hombres. El ejército francés se replegó después de haber quemado algunas barcas y perdiendo una parte del ascendiente que le proporcionó la batalla de Turcoing.

Sin embargo, podíamos considerarnos victoriosos en Flandes, y la necesidad en que se veía Coburgo de enviar refuerzos á otra parte iba á contribuir á que nuestra superioridad fuese más decidida. Saint-Just había querido intentar un tercer paso por el Sambre, para asaltar á Charleroi; pero reforzado Kaunitz, hizo levantar el sitio en el momento en que, por fortuna, llegaba Jourdan con todo el ejército del Mosela. Desde aquel momento noventa mil hombres iban á operar sobre la verdadera línea, terminando las vacilaciones de la victoria. En el Rhin no había ocurrido nada importante: sólo el general Moellendorff, aprovechándose de la disminución de nuestras fuerzas en aquel punto, nos tomó el puesto de Kayserslautern; pero volvió á su inacción apenas obtenida esta ventaja. De este modo, desde el mes de pradiel (fin de mayo), y en toda la línea del Norte, no sólo habíamos resistido á la coalición, sino

ramuzas y no inquietaba en modo alguno á la república. El general Turreau, que recibió el mando en el Oeste, había dividido el ejército disponible en columnas móviles, que recorrían el país dirigiéndose concéntricamente á un mismo punto; batían las partidas fugitivas, y cuando no era preciso pelear, ejecutábase el decreto de la Convención, es decir, incendiábanse los bosques y los pueblos, trasladando la población á otra parte. Habían ocurrido varios encuentros, pero sin grandes resultados: Haxo, después de haber recobrado las islas de Noirmoutiers y Bouin, esperó varias veces apoderarse de Charette; pero este atrevido jefe se le escapaba siempre, reapareciendo muy pronto en el campo de batalla con una constancia no menos admirable que su destreza. Esta desgraciada lucha no era ya más que una guerra de devastación: el general Turreau se vió en la precisión de adoptar una medida cruel, cual fué la de ordenar á los habitantes de las aldeas que abandonaran el país, bajo la pena de ser tratados como enemigos si permanecían. Esta medida les obligó á dejar el terreno en que tenían todos sus medios de existencia, ó á some-

terse á las ejecuciones militares. Tales son los verdaderos males de las guerras civiles.

La Bretaña había llegado á ser teatro de un nuevo género de guerra, la de los chuánes. Esta provincia había manifestado ya algunas disposiciones á imitar á la Vendée; pero la inclinación á insurreccionarse no era tan general; sólo algunos individuos, aprovechando la naturaleza del terreno, se entregaron al bandolerismo aislado. Los restos de la columna vendeana, que pasaron á Bretaña, aumentaron el número de estos partidarios, cuyo centro principal estaba en el bosque de Perche; recorrían el país en partidas de cuarenta ó cincuenta hombres, atacando algunas veces á la gendarmería; hacían contribuir á las pequeñas aldeas, y cometían desórdenes en nombre de la causa real y católica; pero la verdadera guerra había concluído; sólo debían deplorarse ya las calamidades particulares que afligían á estas desgraciadas provincias.

En las colonias y en el mar no había sido la guerra menos activa que en el continente; y el rico establecimiento de Santo Domingo fué teatro de los más grandes horrores de que haga mención la historia. Los blancos habían abrazado con entusiasmo la causa de la revolución, que según ellos debía producir su independencia de la metrópoli; los mulatos no la abrazaron con menos calor, pero esperaban otra cosa además de la independencia política de la colonia; aspiraban á los derechos de ciudadanía, que siempre les fueron rehusados. La Asamblea Constituyente reconoció los de los mulatos; pero los blancos, que sólo querían la revolución para sí, se insurreccionaron entonces, y comenzó la guerra civil entre la antigua raza de los hombres libres y la de los manumitidos. Aprovechándose de esta lucha, los negros se presentaron á su vez en escena, anunciándose por el fuego y la sangre; dieron muerte á sus amos, é incendiaron sus propiedades. Desde aquel momento reinó en la colonia la más horrible confusión; cada partido acusaba al otro de la presencia de aquel nuevo enemigo, reconviéndose por haberle dado armas. Los negros, sin alistarse bajo ninguna bandera, asolaban todo el país; pero muy pronto, excitados por los emisarios de la parte española, aparentaron servir á la causa real; y para aumentar la confusión intervinieron los ingleses. Algunos blancos los habían llamado en un momento de peligro, cediéndoles el importante fuerte de San Nicolás. El representante Santhonax, ayudado en particular por los mulatos y una parte de los blancos, resistió la invasión de los ingleses; pero no le quedó al fin más medio de rechazarla que reconocer la libertad de los negros, quienes se declararon por la república. La Convención había confirmado esta medida, proclamando por un decreto á todos los negros libres. Desde aquel momento, una parte de los que servían la causa real se pasó á los republicanos; y los ingleses, atrincherados en el fuerte de San Nicolás, no tuvieron ya esperanza de invadir aquella rica posesión, que largo tiempo asolada, debía al fin no pertenecer sino á ella misma. Guadalupe, después de haber sido tomada y recobrada, quedaba por último en nuestro poder, pero la Martinica se había perdido definitivamente.

Tales eran los desórdenes de las colonias. En el Océano ocurría un suceso importante, y era la llegada de aquel convoy de América, tan impacientemente es-

perado en nuestros puertos. La escuadra de Brest, compuesta de treinta buques, había salido, como ya hemos visto, con orden de cruzar y de no combatir sino en el caso en que la salvación del convoy lo exigiera imperiosamente. Ya hemos dicho que Juan-Bon-Saint-André iba á bordo del navío almirante; que Villaret-Joyeuse había ascendido de simple capitán á jefe de escuadra; que en las tripulaciones figuraban campesinos que jamás habían visto el mar; y que estos marineros, estos oficiales y almirantes de un día debían luchar contra la antigua marina inglesa. El almirante Villaret-Joyeuse aparejó el 1.º pradiar (20 mayo), y se hizo á la vela hacia las islas Coves y Flores para esperar el convoy, y en su derrotero apresó varios barcos mercantes ingleses, cuyos capitanes le decían: *Nos cogéis al por menor, pero el almirante Howe os cogerá al por mayor.*

Efectivamente, cruzaba este almirante por las costas de Bretaña y Normandía con treinta y tres navíos y doce fragatas. El 9 pradiar (28 mayo), descubrió la escuadra francesa muchas velas. Las tripulaciones impacientes veían abultarse en el horizonte aquellos puntos negros, y cuando reconocieron ser ingleses, dieron fuertes gritos de entusiasmo y pidieron el combate con aquel ardor patriótico que ha distinguido siempre á nuestros habitantes de las costas. Aunque las instrucciones dadas al general no le permitiesen pelear sino para salvar el convoy, sin embargo, Juan-Bon-Saint-André, arrastrado él mismo por el entusiasmo general, consintió en el combate é hizo dar orden para prepararse á él. Por la tarde un navío de retaguardia, el *Revolucionario*, que había acortado la vela, se empeñó con los ingleses, hizo una tenaz resistencia, perdió su capitán, y tuvo que hacerse remolcar á Rochefort. Vino la noche y la acción no pudo ser general.

Al día siguiente, 10 (29 mayo), se avistaron las dos escuadras, y el almirante inglés maniobró contra nuestra retaguardia. El movimiento, que hicimos para protegerla empeñó generalmente la acción. Los franceses, torpes en la maniobra, pusieron dos navíos suyos, el *Indomable* y el *Tiranicida*, al costado de fuerzas superiores, y se batieron con un valor tenaz. Villaret-Joyeuse dió orden para socorrer á los navíos empeñados, pero mal entendida y peor ejecutada, marchó solo adelante, expuesto á que nadie le siguiera. Sin embargo, acudieron luego, y cayendo toda nuestra escuadra sobre la enemiga la hizo amainar. Desgraciadamente habíamos perdido la ventaja del barlovento, y aunque hicimos un fuego terrible á los ingleses, no pudimos perseguirlos. Sin embargo, nos quedamos con los dos navíos y enteramente dueños de las aguas.

El 11 y el 12 (30 y 31 mayo) una espesa niebla encubrió entrambas escuadras, y los franceses procuraron arrollar á los ingleses al Norte y al Oeste del rumbo que debía seguir el convoy. Disipóse el 13 la niebla y un sol resplandeciente iluminó las escuadras. Los franceses, que ya no tenían más que veintiséis navíos, mientras que los enemigos conservaban treinta y seis, pedían de nuevo el combate, y era forzoso ceder á su ardor para ocupar á los ingleses y desviarlos del rumbo del convoy, que debía atravesar por las mismas aguas del encuentro del 10.

Aquel combate, uno de los más memorables que haya presenciado el Océano, principió á las nueve de la

mañana. El almirante Howe se adelantó á cortar nuestra línea, y una falsa maniobra del navío la *Montaña* le permitió el paso, para aislar nuestra ala izquierda y abrirla con todas sus fuerzas. Nuestra derecha y vanguardia quedaron aisladas; y aunque el almirante intentó rehacerlas para marchar contra la escuadra inglesa, había perdido el viento, y estuvo cinco horas sin poder acercarse al campo de batalla. Entretanto, los navíos empeñados en la lucha se batían con extraordinario heroísmo, y los ingleses, superiores en la maniobra, perdían sus ventajas en los encuentros de nave á nave, sufriendo fuegos terribles y formidables abordajes. En medio de esta encarnizada acción el navío el *Vengador*, desarbolado, casi destruído y á punto de irse á pique, no quiso arriar su bandera, á riesgo de sumergirse en las aguas. Los ingleses fueron los primeros en suspender el fuego, y se retiraron asombrados de semejante resistencia; pero llevábanse seis de nuestros navíos. Al

día siguiente, Villaret-Joyeuse, habiendo reunido su vanguardia y su derecha, quiso lanzarse contra el enemigo para arrebatárle su presa.

Los ingleses, muy mal parados, nos habrían cedido tal vez la victoria; pero Juan-Bon-Saint-André se opuso á un nuevo combate, á pesar del entusiasmo de las tripulaciones; de modo que los ingleses pudieron volver tranquilamente á sus puertos, asombrados de su victoria y admirando la bravura de nuestros jóvenes marineros. Sin embargo, habíase llenado el objeto esencial de este terrible combate, pues el almirante Venstabel atravesó durante el día 13 el campo de batalla del 10, hallóse cubierto de restos y entró con toda felicidad en los puertos de Francia. Así pues, victoriosos en los Pirineos y los Alpes, amenazadores en los Países Bajos, heroicos en el mar, y bastante fuertes para vender cara una victoria naval á los ingleses, comenzábamos el año 1794 de la manera más brillante y gloriosa.